

EDITORIAL

Cuando se habla de innovación por lo general fluyen en nosotros muchos pensamientos instintivos sobre lo que podría o debería ser la innovación tecnológica en nuestros días; sin embargo, si alguien nos solicitara llevar a cabo de forma clara y específica organizar un proceso de innovación para un determinado sistema o producto, rápida e inevitablemente nos sentiríamos confundidos por la ambivalencia del concepto. Por esta razón, En esta oportunidad quisiéramos hacer algunas reflexiones sobre este proceso denominado *Innovación*.

Primeramente se debe considerar que existen múltiples formas en las que se puede innovar, por lo que se considera que no hay una definición natural y tajante sobre la innovación. Es decir, hay muchos problemas en la industria, la agricultura, las finanzas, los mercados, y cada uno de ellos es completamente diferente el uno del otro, debido a esto, lo que se entiende por innovación en un campo no necesariamente lo es en otro.

Por otro lado, tenemos la predisposición innata a simplificar en extremo y creer que la simple aplicación de la ciencia guiará mecánica e irremediamente a la solución de todos los problemas. Sin embargo, esto es algo más complicado. Y de hecho, no es correcto equiparar la tecnología –y por lo tanto la innovación– con la ciencia. La ciencia es la búsqueda constante de conocimientos más o menos abstractos, en cambio la tecnología es la continua aplicación de los conocimientos estructurados, de forma tal que permita la solución de los problemas que afectan a la sociedad. Son términos/conceptos relacionados, pero son diferentes

No hay que olvidar que el tema de la invención es todavía el componente básico de la innovación. Pero para inventar se requiere de personas que tengan la mente aplicada, el interés, la iluminación y la capacidad creadora para convertirse en inventores. Actualmente un tecnólogo-inventor que produce un proyecto –E.g. un nuevo tipo de recubrimiento para metales– tiene que poseer conocimientos científicos muy específicos para fundamentar su creación, además desenvolverse en un ambiente que facilite el desarrollo de su invención. Y no sólo esto, de hecho, la innovación necesita de otros ingredientes, como son el sentido de oportunidad y por supuesto de la existencia de fondos para esa clase de creación. Si de oportunidades se habla, debe decirse que tener una idea y demostrar que tiene potencial, se convierte en la parte más fácil de la innovación, porque convencer a un empresario de que el producto es de calidad, vendible y que debe ponerlo en producción y le generará ganancias, se convierte en una dificultad agregada.

Con el objetivo de formar personas, que no solo posean competencias tecnológicas o científicas sino también que sean capaces de sentir esa inspiración creadora, los gobiernos centrales de los países en vías de desarrollo deben fomentar la creación de instituciones multisectoriales para el desarrollo tecnológico que abarquen los sectores gubernamentales, educativos y empresariales, y que además asignen fondos suficientes para contribuir al perfeccionamiento de una cultura de Innovación. Solo entonces se tendrá la oportunidad de saber si es posible estimular la innovación y el desenvolvimiento tecnológico en los países menos desarrollados. Bajo este enfoque, en este número de Nexo-Revista Científica se apuesta al tema, mediante la publicación de artículos relacionados con propuestas para mejorar la competitividad de las empresas familiares mediante la integración de las tecnologías de la información, el desarrollo de una planta piloto para la extracción de Quitina y el relacionado con el aprovechamiento de equipos automáticos para la formación integral de estudiantes en la educación superior. Todos estos artículos poseen como eje transversal la formación del recurso humano como generador de ideas y productos necesarios para enfrentar los retos impuestos en el mundo globalizado.

Ricardo Rivera
Editor-en-jefe
nexo@uni.edu.ni